

Jesús, el Sacerdote fiel

Un sacerdote es una persona que media entre Dios y el hombre. La palabra latina para sacerdote, *pontifex*, significa “constructor de puentes”. Se centra en la función del sacerdote, que es salvar la división entre los reinos humano y divino. La palabra griega para sacerdote, *hiereus*, pertenece al grupo de palabras relacionadas con *hieros*, que significa “poderoso o santo”.¹ Se centra en la principal característica de los sacerdotes, su santidad, que les permite tener acceso al Reino divino. Así, dado que la función de los sacerdotes es mediar entre seres humanos frágiles y un Dios santo y poderoso, su habilidad más importante es tener acceso a ambas partes y representarlas bien. Un sacerdote exitoso, entonces, debe ser capaz de representar fielmente a las personas a las que pertenece y tener verdadero acceso a Dios y representar con precisión sus instrucciones y voluntad.

1. Edward Ross Warton, *Etyma Graeca: An Etymological Lexicon of Classical Greek* (Londres: Percival, 1890), p. 60.

Según el Antiguo Testamento, el papel mediador de los sacerdotes involucraba varias funciones importantes. Algunas de ellas estaban relacionadas con su papel como representantes de Dios ante el pueblo, y otras funciones estaban relacionadas con su papel como representantes del pueblo ante Dios.

El sacerdote como representante del pueblo

La función más obvia de los sacerdotes era su papel de representar al pueblo ante Dios. El sumo sacerdote encarnaba los ideales de Dios para la nación en su persona; la ropa especial que vestía simbolizaba esto. La vestimenta del sacerdote era blanca, hecha de lino fino y tenía cinco elementos diferentes: (1) calzones o pantalones cortos, que iban desde la cintura hasta las rodillas y funcionaban como “calzoncillos de lino que les cubran el cuerpo” (Éxo. 28: 42, 43, NVI); (2) una túnica con mangas, “tejida de una sola pieza”,² que iba desde los hombros hasta los pies (Éxo. 39: 27); (3) una mitra de lino blanco como tocado (Éxo. 28: 40); (4) una túnica bordada con diseños (Éxo. 28: 39); y (5) un cinto de lino blanco que sujetaba la túnica, bordado en azul, púrpura y carmesí (Éxo. 28: 39; 39: 29). Este vestido tuvo una función simbólica importante. El material de lino blanco y el bordado detallado representaban la pureza y la belleza del carácter que Dios esperaba de sus ministros y de su pueblo. Por lo tanto, el profeta Juan explicó más tarde que el lino blanco representaba “las acciones justas de los santos” (Apoc. 19: 8, cf. 15: 6).

El atuendo del sumo sacerdote era aún más impresionante. Era “para honra y hermosura” (Éxo. 28: 2). Añadía cinco piezas al vestido ya mencionado para los sacerdotes. Eran piezas doradas y multicolores. Primero, había un manto de lana azul que llegaba desde los hombros hasta justo debajo de las rodillas. Alrededor del borde de este manto había granadas de color azul, púrpura y carmesí, y campanillas de oro (Éxo. 28:31–35).

2. White, *Patriarcas y profetas*, p. 319.

En segundo lugar, había un efod de dos piezas, sin mangas, hecho con los mismos materiales con los que estaba hecho el velo: hilo azul, púrpura y carmesí. Este efod estaba conectado en los hombros con dos piedras de ónice en las que estaban grabados los nombres de las doce tribus de Israel, seis en cada piedra. Estas eran “piedras memoriales a los hijos de Israel”; así Aarón “llevará los nombres de ellos delante de Jehová” (Éxo. 28: 12).

Tercero, un cinto hecho con los mismos materiales que el efod (Éxo. 28: 8, 27, 28). Cuarto, el “pectoral del juicio”, también hecho del mismo material que el efod. Contenía doce joyas, y en cada una de ellas estaba escrito el nombre de una de las tribus de Israel. Además, el Pectoral del Juicio también contenía el Urim y el Tumim, piedras por medio de las cuales Dios respondía preguntas específicas hechas por su pueblo. El propósito del pectoral era que el sumo sacerdote llevara “los nombres de los hijos de Israel en el pectoral del juicio sobre su corazón, cuando entre en el santuario, por memorial delante de Jehová continuamente” (Éxo. 28: 29). El pectoral proporcionaba una identificación visual y simbólica del sumo sacerdote como representante del pueblo.

Finalmente, había una mitra con una placa de oro con la inscripción “SANTIDAD A JEHOVÁ”, que identificaba al sumo sacerdote como el gobernante de su pueblo (Éxo. 28: 36, 37). Dios mismo diseñó todos los aspectos de las vestiduras sacerdotales. La belleza y el esplendor del atuendo sacerdotal expresaban los elevados planes que Dios tenía para su pueblo. Israel era la posesión más preciada de Dios, un reino de sacerdotes y nación santa (Éxo. 19: 5, 6).

El sumo sacerdote, entonces, representaba y encarnaba a la nación de Israel. Como representante del pueblo, el sacerdote presentaba en nombre de Israel todas las ofrendas y los sacrificios que llevaban a Dios, porque los israelitas mismos no podían acercarse a Dios en el Santuario (Núm. 1: 50–53, cf. Éxo. 33: 20).

El sacerdote también representaba a Israel de una manera más fundamental. Cuando un israelita llevaba un sacrificio para expiar su pecado,

el sacerdote comía parte del sacrificio para “llevar la iniquidad de la congregación” (Lev. 10: 17). “Llevar la iniquidad” significa estar sujeto al castigo (Lev. 5: 1). En otras palabras, una persona que pecaba estaba sujeta al castigo de Dios, pero cuando se arrepentía y ofrecía un sacrificio de expiación, una ofrenda por el pecado, la responsabilidad por ese castigo se transfería al sacerdote, quien lo “llevaba”; es decir, lo asumía. Por supuesto, el sacerdote no podía sufrir el castigo por todos los pecados de Israel, pero era un tipo de Jesús, el verdadero Sacerdote y Representante de Israel que vendría y cargaría nuestros pecados en la Cruz (Isa. 54: 5; Col. 2: 14).

El sacerdote como representante de Dios

El sacerdote también representaba a Dios ante el pueblo. El desempeño de esta función era crucial. Los deberes del sacerdote como representante de Dios se pueden organizar en cinco categorías.

Primero, los sacerdotes eran agentes de Dios. Protegían las cosas sagradas y el espacio sagrado de la invasión de los no levitas (Núm. 3: 10; 18: 1–7). También purificaban y consagraban objetos y personas para que pudieran usarse con propósitos santos o para el servicio a Dios (Lev. 4–6; 12; 15; 16).

En segundo lugar, el sacerdote era un maestro de la Ley (Lev. 10: 11).³ Explicaba al pueblo las reglas y el significado del culto, y la historia del cuidado de Dios por Israel y su gracia. Esto implicaba leer, narrar, explicar, traducir, si era necesario (Neh. 8: 8), y copiar y preservar los escritos con las instrucciones de Dios (Esd. 7: 6). El profeta Malaquías explicó las expectativas de Dios: “Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la ley; porque mensajero es de Jehová de los ejércitos” (Mal. 2: 7).

En tercer lugar, los sacerdotes tenían la importante función de interpretar y aplicar las leyes y los principios de Dios a situaciones específi-

3. Deuteronomio 31: 9 al 13 explica que, al menos una vez cada siete años, se debe leer la Ley a todo el pueblo.

cas. Debían convertir los principios y las reglas abstractos de Dios en acciones y prácticas concretas y comprensibles. Por ejemplo, debían explicar y aplicar las leyes de pureza, los diezmos, las ofrendas y otras contribuciones cuando los israelitas tuvieran dudas o no estuvieran seguros.⁴

Cuarto, los sacerdotes eran jueces. Ayudaban a los jueces de todas las ciudades en asuntos difíciles, y el sumo sacerdote funcionaba como presidente del tribunal de la nación.⁵

Y, por último, los sacerdotes eran portavoces de Dios. Por ejemplo, a los sacerdotes se les encomendó invocar la bendición de Dios sobre el pueblo de Israel.⁶ Su papel era poner el nombre de Dios sobre Israel para que Dios lo bendijera. Esto implica un gran privilegio y poder. Esto es lo que Dios imaginó que su pueblo como nación iba a hacer en favor de todo el mundo (Gén. 12: 1-3). El sumo sacerdote también llevaba el Urim y el Tumim, dos piedras por medio de las cuales Dios revelaba su voluntad con respecto a las preguntas específicas formuladas por el pueblo.⁷

El fracaso del sacerdocio

Los sacerdotes, sin embargo, nunca pudieron cumplir completamente el propósito de Dios para ellos. Los altibajos del sacerdocio a lo largo de la historia de Israel fueron tanto un factor como un reflejo de la condición espiritual del pueblo. Nadab y Abiú, los hijos del primer sumo sacerdote, perecieron porque ofrecieron “fuego extraño, que él nunca les mandó” (Lev. 10: 1, 2). Siglos más tarde, la iniquidad y la negligencia de los sacerdotes llevaron a la caída de Israel y de Judá. Los sacerdo-

4. Por ejemplo, Levítico 10: 10 y 11; Éxodo 23: 19; Levítico 27: 1 al 33.

5. Deuteronomio 17: 8-13; 19: 16, 17; 21: 1-5.

6. Números 6: 22-27; cf. Deuteronomio 10: 8; Levítico 9: 22.

7. Elena G. de White explica cómo sucedía esto: “Cuando se llevaban asuntos ante el Señor para que él los decidiera, si un nimbo iluminaba la piedra de la derecha [Urim], era señal de aprobación o consentimiento divinos, mientras que si una nube oscurecía la piedra de la izquierda [Tumim], era evidencia de negación o desaprobación” (*Patriarcas y profetas*, p. 319).

tes no habían abandonado simplemente su deber de enseñar la Ley, sino además llevaban vidas inmorales y engañaban a la gente.⁸ Después del Exilio, su ministerio no mejoró, y Dios advirtió que los expulsaría del ministerio junto con sus sacrificios y su servicio irreverente.⁹

El sacerdocio, sin embargo, alcanzó su punto más bajo en la época de Jesús, lo que fue uno de los factores que llevaron a la caída de Jerusalén. El oficio del sacerdocio estaba controlado por los romanos, quienes lo vendían al mejor postor (b. Yoma 18A). Como resultado, de los 28 sumo sacerdotes que ocuparon ese cargo entre 37 a.C. y la caída de Jerusalén en 70 d.C., solo el primero y el último pertenecían a una familia legítima. Cuatro familias ilegítimas adineradas controlaban el sacerdocio durante ese tiempo: las familias de Boetos, Anás, Phiabi y Kamith.¹⁰ Su poder provenía de su dinero, su nepotismo y su crueldad.¹¹ El Talmud, por ejemplo, tiene quejas sobre la violencia de los sumos sacerdotes, que se apropiaban por la fuerza de las pieles de los sacrificios que debían distribuirse entre todos los sacerdotes oficiantes.¹² Josefo también informa que los principales sacerdotes enviaban a sus sirvientes a apoderarse violentamente de los diezmos, robando así el sustento de los sacerdotes más pobres.¹³

El sacerdote fiel

El libro de Hebreos nos dice, sin embargo, que Dios hizo a un lado el sacerdocio levítico debido a su debilidad e incompetencia, que era una forma amable de referirse al fracaso y la maldad de la aristocracia sacerdotal judía de la época, y nombró a un Sacerdote fiel sobre la casa de Dios (Heb. 7: 11-19; 3: 1-6).

8. Oseas 4: 4-14; Miqueas 3: 11; Ezequiel 22: 26. También Jeremías 2: 8; 5: 31; 6: 13; 8: 8-10; 14: 18; 18: 18; 23: 33; 32: 32; Lamentaciones 4: 13; Malaquías 2: 1-9.

9. Malaquías 1: 6-2: 9; cf. Nehemías 13: 4-14.

10. Joachim Jeremías, *Jerusalén en tiempos de Jesús* (Madrid: Ediciones Cristiandad, 1980), pp. 211, 212.

11. Jeremías, pp. 212, 213. Ver también Hechos 4: 5, 6.

12. Por ejemplo, b. Pesah 57A. Ver Jeremías, *Jerusalén en tiempos de Jesús*, p. 170.

13. Josefo, *Antigüedades de los judíos*, 20:181, 206.

Jesús cumplió todos los propósitos que Dios había previsto para el sacerdocio. Él es el Agente perfecto, por medio del cual Dios nos limpió, consagró y salvó. Jesús murió en la Cruz como sacrificio para limpiarnos de nuestros pecados (Heb. 9: 14-17; 10: 10-14). Jesús derrotó al diablo en su vida y en la Cruz para librarnos de su poder (Heb. 2: 14-16), y él nos llevará a la gloria (vers. 10; 12: 28). Jesús es el Maestro perfecto, que escribe la Ley de Dios en nuestro corazón y en nuestra mente (Heb. 8: 10). Como juez, él nos justificará en el Juicio Final y vendrá a librarnos (Heb. 9: 27, 28). Jesús también es el Portavoz perfecto, que no solo habla la Palabra de Dios, sino también él mismo es la Palabra de Dios, y encarna así el perfecto cumplimiento de las instrucciones, las leyes y los sueños de Dios para nosotros. Su resurrección y su exaltación demuestran las bendiciones de una vida de obediencia y fidelidad a Dios (Heb. 1: 1, 2; 12: 1-4; cf. Mat. 5: 17-20).

Sin embargo, lo más importante es que él es nuestro Representante perfecto, porque es uno de nosotros. Se hizo de carne y hueso, sufrió la tentación y experimentó el rechazo y la vergüenza, al igual que nosotros. Él también triunfó, al igual que lo haremos nosotros (Heb. 2: 5-9, 14-18; 4: 15, 16; 5: 7-9; 7: 26-28). Él cargó con nuestros pecados y sufrió el castigo por ellos para que pudiéramos experimentar los beneficios de su vida perfecta de obediencia (Heb. 9: 28; cf. vers. 15-22). Por lo tanto, ha restaurado nuestra relación con Dios y nos ha proporcionado un acceso pleno y seguro a su presencia (Heb. 4: 15, 16; 10: 19-22). Su presencia a la diestra de Dios garantiza que todos estos beneficios estén disponibles para nosotros (Heb. 6: 19, 20; 7: 22; 8: 6).

Somos su casa: el sacerdocio de todos los creyentes

Hebreos también nos enseña que somos de la casa de Jesús, el Sumo Sacerdote (Heb. 3: 6), lo que significa que todos somos sacerdotes (Heb. 10: 19-21; cf. 1 Ped. 2: 5, 9). Fuimos lavados con agua y purificados mediante el rociado de sangre por el sacrificio de Jesús, así como Aarón y sus hijos fueron consagrados al sacerdocio (Heb. 10: 19-22; cf.

Éxo. 29; Lev. 8). Servimos como agentes de Dios bajo el liderazgo de Jesús en beneficio de nuestros semejantes. Llevamos el nombre de Dios y representamos en nuestra vida los principios de su Reino (Heb. 6: 10; 13: 15). Fuimos santificados para acercarnos a Dios con confianza en el Santuario para encontrar gracia y ayuda, no solo para nosotros sino también para los demás (Heb. 4: 16). Lo servimos ofreciendo sacrificios de alabanza, buenas obras y compartiendo lo que tenemos; convirtiéndonos así en una bendición para todos los seres humanos (Heb. 13: 15, 16). “Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo” nos equiepe “en toda obra buena” para que hagamos su voluntad, “haciendo él en [n]osotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo” (vers. 20, 21).